



La conquista china de África o la búsqueda de las necesarias materias primas

José Manuel Azcona

Universidad Rey Juan Carlos, Madrid, España

josemanuel.azcona@urjc.es

María Bilbao de Azpiazu

Escuela Diplomática, MAEC, Madrid, España

mari_bil@hotmail.com

Resumen

El presente artículo tratará de extraer una serie de conclusiones sobre la presencia de China en África. Por supuesto, la doctrina no es unánime. Esto tiene que ver con lo delicado del tema y el marco normativo utilizado en este estudio, y a la falta de datos sobre toda una serie de acuerdos entre el gobierno chino y los países africanos y con un cierto número de contradicciones. Nuestro punto de partida es que la actual presencia de China en África ha creado nuevas oportunidades (aunque solo sea por las mayores inversiones, el aumento del comercio, la ayuda y el incremento de los precios de las materias primas) y nuevos desafíos para los países africanos (aunque solo sea para encontrar una adecuada respuesta sobre la presencia africana de China).

Palabras clave: África, China, cooperación, expolio, inversión, materias primas.

Abstract

The present article tries to draw some conclusions about the presence of China in Africa. Of course the doctrine is not unanimous. This has to do with the sensitivity of the subject and the framework used, in this study, and also to the lack of data on a range of agreements between the Chinese government and African countries and a certain number of contradictions. Our starting point is that the new presence of China in Africa has created new opportunities for African countries (if only

because of the increased investment, increased trade and aid and increased prices of raw materials) and new challenges (if only to find an adequate response to the African presence in China).

Keywords: Africa, China, cooperation, investment, raw materials, spoliation.

Índice temático

[El desembarco del gigante asiático](#)

[La tesis de incursión geopolítica e inestabilidad zonal](#)

[La visión del beneficio](#)

[La tercera vía](#)

[Referencias](#)

OPCION: CLICK DIRECTO A CADA CAPITULO

El desembarco del gigante asiático

En el año 1965, el historiador inglés H. R. Trevor-Roper sentenció que África carecía de verdadera “Historia” y, en realidad, hasta de “Civilización”, pues su pasado “(...) aporta poco más que los infructuosos giros danzantes de tribus bárbaras en pintorescos pero irrelevantes rincones del planeta” (Trevor-Roper, 1965: 9); y ya entonces esa observación pudo ser tachada de “racista” y “retrógrada”, pero es que en 1966, el historiador comunista húngaro E. Sik –supuestamente “progresista” e “internacionalista”– vino a escribir algo semejante:

La mayoría de los africanos, antes de entrar en contacto con los europeos, llevaban una vida primitiva y bárbara, muchos de ellos en el nivel más bajo y abyecto de la barbarie [...]. Por este motivo, es irreal hablar de su “historia” o de su “civilización” –en el sentido científico de estos términos– antes de la llegada de los invasores europeos (Sik, 1966: 17).

Sin embargo, como advierte el catedrático de Historia general de la Universidad de Leiden (Holanda) H. L. Wesseling (2010), en la actualidad, la opinión mayoritaria entre los especialistas de la ciencia histórica ha cambiado, tras la evolución experimentada por la historiografía sobre el “continente negro”, particularmente merced a historiadores norteamericanos, seguidos de británicos,

franceses y alemanes, siendo hoy día los propios expertos africanos quienes se dedican principalmente a ella (Wesseling, 2010).

Respecto a la colonización europea de África, el citado Wesseling (2010) ha dejado escrito que:

[...] hasta 1880 la presencia europea en África se limitaba a la francesa en el norte de Argelia y la zona costera de Senegal y Gabón, la británica en las costas de Gambia, Liberia, Costa de Oro y Lagos, así como en África del Sur, la portuguesa en Angola y Mozambique y la española en Fernando Poo, siendo a partir de esa fecha y hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, cuando Reino Unido, Francia, Bélgica, Alemania, Italia, España y Portugal se lanzaron a su conquista y reparto como si de una suculenta tarta se tratase, aunando esta aventura colonial europea los tintes heroicos de las hazañas de exploradores que descubrieron un nuevo mundo, los épicos de batallas protagonizadas por militares legendarios, y los mucho más sórdidos y oscuros relacionados con la codicia sin freno respecto de las riquezas del continente, los genocidios, la devastación del medio natural, el forzado desarraigo cultural, la alteración de la sociedad tradicional y la arbitraria y desvergonzada operación política de reparto territorial. Y es que desde Marruecos a Sudáfrica, de Egipto al Congo, de Argelia a Somalia, dichas potencias europeas jugaron entre ellas una estratégica partida de ajedrez sobre el mapa de África y a costa de sus naturales pobladores, dividiendo con cartabón y tiralíneas sus respectivas áreas de influencia de modo que se quebraron los espacios tribales y étnicos establecidos y se generó un desbarajuste social y político de tal magnitud que los sucesivos procesos de independencia posteriores no lograron resolver y cuyas heridas abiertas siguen todavía supurando en el África actual (Wesseling, 2010: contraportada).

Y es en ese martirizado continente donde se cuenta con el mayor número de muertes por hambre, malaria, sida y conflictos bélicos desde la Segunda Guerra Mundial, con más de quince millones de personas fallecidas –por estas calamidades solo desde 1991– e ingente número de viudas, niños huérfanos y mutilados. África es la zona del mundo con mayores desigualdades sociales y menor esperanza de vida, con más Estados “fallidos” o “frágiles” y más “crisis humanitarias” y con los veintidós países de más bajos índices de desarrollo, modernización y bienestar social. He aquí que –como apunta el profesor Xulio Ríos Paredes, director del Instituto Gallego de Análisis y Documentación Internacionales (IGADI) y analista del Observatorio de la Política China de Baiona (Galicia)– desde hace un par de décadas ha irrumpido con inusitada energía la República Popular China como un agente económico y político de primer nivel, y ello de suerte que se ha generado una viva y aguda controversia internacional (Ríos, 2008), que para María Ángeles Muñoz (2008) –analista del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES) con sede en Madrid– estriba en que las potencias occidentales se debaten al respecto entre el asombro, la envidia y el resquemor

por la posible aparición de futuros conflictos internacionales en la lucha por acceder a los escenarios geoestratégicos y recursos naturales africanos (Muñoz, 2010), y según opina Adama Gaye (2006) – profesor de la Johns-Hopkins University (EE. UU.) y consultor de empresas con intereses en África–, responde al temor generalizado existente en los influyentes círculos progresistas occidentales de que el pragmatismo desprovisto de sensibilidad social y medioambiental que ha caracterizado el vertiginoso proceso de desarrollo chino en las tres últimas décadas, pudiera extender también sus siniestras sombras chinescas al continente africano, desperdiciando una nueva oportunidad para que este afronte sus carencias más estructurales (Gaye, 2006).

Y es que, como anota el Dr. Ian Taylor (2007) –profesor investigador de la School of International Relations de la University of St Andrews, de Escocia– las relaciones económicas y diplomáticas entre África y la República Popular China en el periodo citado, han ido aumentando de forma exponencial, de modo que en la actualidad China, segunda potencia económica del mundo, se ha erigido en el socio comercial y el aliado más importante de África, seguida a distancia por los EE. UU., hecho sin precedentes históricos que se está convirtiendo en el punto más álgido de las relaciones internacionales de los países del continente negro, pues la magnitud de las cifras que lo envuelven no se discute, ya que, a pesar de la grave crisis financiera e internacional desatada el año 2008, a finales del año 2010 había más de 2000 grandes compañías chinas operando en África y sus inversiones directas en ella superaban con creces los 35 mil millones de dólares norteamericanos (Taylor, 2007). Y, como observa Martín M. Checa-Artasu –profesor investigador del Centro de Estudios en Geografía Humana del Colegio Universitario de Michoacán (México)–, esa aventura africana de China está generando un encendido debate abierto en el mundo, centrado en las especiales características de la misma, en el que, *grosso modo*, se dan tres posturas:

La de quienes consideran que el gigante asiático es una versión neocolonial y neoimperialista de un explotador ávido de los recursos naturales africanos y, por ende, un factor de inestabilidad tanto en la región como en el ámbito internacional.

La de los que ven la actuación de China en África como una manifestación palpable de la doctrina de la *peaceful development strategy* (estrategia de desarrollo pacífico) que, desde hace algunos años, pauta sus relaciones internacionales y ha incidido positivamente en el desarrollo de numerosos países africanos. Todo ello por su entroncamiento profundo con una economía globalizada en la que todos los actores económicos están interrelacionados y se generan estructuras

de conexiones *win-win* (ambos socios ganan), siendo por tanto un factor de estabilidad interregional e internacional.

La de otros que –sin entrar en motivaciones ni juicios de valor sobre tal intervención y sus repercusiones regionales y mundiales– alertan sobre las perjudiciales consecuencias, a medio y largo plazo, de la excesiva dependencia de las exportaciones a China para los países africanos, así como del riesgo inherente de provocar el fenómeno conocido como *dutch disease* (enfermedad holandesa), referido a los perjuicios otrora sufridos en Holanda por los sectores manufactureros tras el descubrimiento de grandes recursos naturales (Checa-Artasu, 2008).

Todo ello sin olvidar que, como se encarga de subrayar el periodista y analista político independiente español Ángel Villarino (2011) (corresponsal en Pekín de los diarios *La Reforma*, de México y *La Razón y El Mundo*, de España), si bien hasta hace poco la interacción chino-africana se consideraba “imparable” en los citados círculos analíticos internacionales, lo cierto es que las revueltas populares en los países del Norte de África y de Oriente Medio, la partición en dos de Sudán (con un Norte musulmán radical y un Sur cristiano-animista pro-occidental) y, sobre todo, la toma de conciencia en gran parte de la clase política y la población africanas sobre la imperiosa necesidad de no seguir otorgando “carta blanca” al “amigo chino”, están haciendo cambiar de opinión a los consejos de administración de las grandes compañías del gigante asiático e, incluso, a su gobierno que ahora estudia un cambio de estrategia en los planes quinquenales; un auténtico “golpe de timón” desde muy arriba para reducir gradualmente la presencia china en el continente negro y centrar el esfuerzo inversor y comercial en el relativamente estable entorno asiático, así como en Europa y en las potencias emergentes sólidas, como, por ejemplo, la Unión India y Brasil. Para este corresponsal, tal “paso atrás” de China en África resulta algo lógico, pues se debe tener en cuenta que:

1. Con Marruecos, Túnez, Argelia, Libia, Egipto y Sudán se habían cerrado acuerdos multimillonarios en los últimos años y que, según datos del propio Ministerio de Comercio chino, los contratos firmados por empresas chinas han caído ya en lo que va del año 2011 un 70% en Argelia y un 50% en Libia, siendo especialmente abultadas las pérdidas en este último país por razones obvias, donde tras estallar la insurrección armada en la costa este, seguida de la intervención militar a su favor de la OTAN, el gobierno de Pekín repatrió a 36 mil de sus conciudadanos por avión –con un coste cifrado en tres mil

millones de dólares norteamericanos–, teniendo que asistir impotente al espectáculo dantesco de ver cómo eran pasto de las factorías y refinerías chinas.

2. Si bien desde las instituciones africanas y chinas se considera este retroceso “pasajero”, momentáneo hasta que la situación mejore, en entrevista telefónica concedida a Ángel Villarino por el directivo e investigador del Instituto Chino de Oriente Medio y África, Zhang Chun Yu, este aseguraba que:

[...] la inestabilidad de esos países tendrá consecuencias para toda África, así que es lógico que las inversiones chinas allí estén disminuyendo mucho e incluso lleguen a desaparecer por completo, por lo menos hasta poder atisbar lo que vaya a ocurrir cuando se calmen las cosas, particularmente en el caso de las inversiones de los empresarios privados, que son mucho más sensibles al riesgo que las de las empresas estatales.

3. Insiste Villarino que el cambio de actitud hacia la intervención china de los líderes políticos en el área subsahariana y el creciente recelo al respecto de la propia población, que ha protagonizado manifestaciones y violentos ataques contra los intereses chinos en varios países de la zona, ha llevado a un portavoz del Ministerio de Comercio a manifestar recientemente que:

[...] más allá del riesgo político, invertir en África ha dejado de ser lo que hasta hace poco era para China [...], ahora abrir allí una mina o instalar una fábrica ya no es tan fácil como antes [...] en estos momentos las autoridades nos exigen tener en cuenta el medio ambiente, dar empleo a la población local y beneficiar en algún modo concreto al conjunto de la economía nacional.

No obstante, este periodista especializado concluye que:

[...] el propio perfil inversor de China es el mejor argumento a favor de quienes piensan que su repliegue de África es solo temporal y coyuntural, pues lo cierto es que el gigante asiático no ha dudado en embarrarse hasta sus rasgadas cejas en tierras peligrosas como las de Irak, Afganistán o Sudán, entrando con muchos millones de dólares norteamericanos por delante en numerosos lugares donde las empresas occidentales no se habían arriesgado a actuar, para abrir minas, pozos petrolíferos, fábricas, presas, centrales hidroeléctricas, líneas férreas, carreteras, puentes y demás infraestructuras [...]; el tiempo dirá (Villarino, junio de 2011).

Sea como fuere, en la actualidad se considera que hay un millón de chinos en África y que en 2010 el volumen de negocio de esta nacionalidad en el continente negro ascendió a 70.000 millones de euros, cifra nada despreciable, por cierto. Toda vez que el comercio entre China y África se ha

multiplicado por diez en la última década. Tomemos tan solo un ejemplo: Angola suministra un millón de barriles de petróleo por día al gigante asiático, habiéndose convertido en su primer proveedor. A cambio del crudo, Pekín llena Angola de millones de dólares con los que el gobierno local realiza grandes obras de infraestructura cuya ejecución es realizada por empresas chinas, normalmente estatales y que aportan su propia tecnología y trabajadores. Únicamente en el sector de la construcción, cien mil obreros chinos operan en aquel territorio, que ganan el equivalente a veinte dólares diarios. En términos generales, se suele considerar que la presencia china en África es positiva, aunque debemos hacer matices ante esta afirmación. Primero porque el alcance de esta influencia llega ya no solo a las capitales o ciudades más importantes, sino también a las áreas rurales. Así, en Zambia, por ejemplo, esta invasión ha transformado la base alimenticia del país mezclándose la comida nativa con ingredientes procedentes de Asia. Segundo, porque los estándares de calidad de las obras e infraestructuras chinas son ínfimos y no siempre cumplidos. Y tercero, porque a veces surgen revueltas y violencia social por las condiciones laborales de los operarios de los países africanos receptivos de las empresas chinas. También hay quejas porque China se está quedando con los recursos naturales, las materias primas y, especialmente, los minerales de la zona y porque la mano de obra procedente de este país es netamente superior a la local, generándose de esta forma poco crecimiento y desarrollo económico zonal.

En el caso de Tanzania, la relación es más dúctil por el pasado socialista común de ambas naciones, dándose la paradoja de nuestro tiempo según la cual la China de hoy, la de la economía socialista de mercado que inventara Deng-Xiao-Ping en 1979, y cuyo gobierno aún se declara oficialmente socialista, exporta capitalismo. De hecho, cada vez hay más pequeños empresarios chinos en África y un número creciente de empresarios africanos empiezan ya a hablar el idioma mandarín. Además Pekín pone pocas trabas burocráticas para la creación de empresas y realización de actividades comerciales. Y tampoco se inmiscuye en los asuntos de política local, es decir, le importa poco o nada la violación de los derechos humanos en las repúblicas africanas en las que realiza suculentos negocios y de las que obtiene las materias primas tan necesarias para el sostenimiento de su estatus mercantil como segunda potencia económica mundial.

La tesis de incursión geopolítica e inestabilidad zonal

En relación con la interpretación analítica que se acaba de sintetizar, se puede decir que la misma generalmente responde a la aplicación de doctrinas de análisis político propias de la Guerra Fría, concebidas para un estudio de interrelaciones entre dos actores antagonistas en un escenario internacional bipolar en el que el rol otrora protagonizado por la ya extinta Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se quiere adjudicar ahora a la República Popular de China. También es representativa de esa filosofía política encarnada en la indisoluble unión entre intereses y valores que ha caracterizado siempre a la política exterior de EE. UU. y constituye la clave de legitimidad para sus acciones al respecto, la cual se puede observar en los tres ejes que tiene la conocida como *The great strategy in foreign affairs* fervorosamente practicada por EE. UU. durante la segunda mitad del pasado siglo XX y en lo que ya va del siglo XXI, a saber:

1. El mantenimiento de un orden internacional abierto y permeable a los intereses y valores de EE. UU.
2. La institucionalización y promoción de la democracia parlamentaria y el libre mercado como desiderata para todas las naciones del orbe.
3. La política de contención, orientada a evitar el ascenso de una potencia hegemónica regional o global que pueda desafiar ese sistema internacional *Made in USA*.

Según esta concepción, al ser África una parte importante del escenario global de confrontación geoestratégica con EE. UU., la invasiva presencia china en el continente negro atrae la atención de analistas y políticos en Washington, de suerte que se ha propiciado la implementación de una activa diplomacia de contención al respecto con el apoyo de gobiernos aliados, principalmente los de las antiguas potencias coloniales, intentando limitar la injerencia china en la región. Y ello hasta el punto de que el “efecto Chináfrica” forma parte desde hace ya algún tiempo de las hipótesis de conflicto intrarregional e internacional elaboradas por la administración militar norteamericana, en cuya política de defensa se prevé que la principal amenaza proviene de China como “actor externo hostil” imperiosamente apremiado –a causa de su gigantismo demográfico– a tener que acceder, por mera subsistencia, a los vastos recursos naturales africanos –biodiversidad, agua, hidrocarburos, minerales, tierras agrícolas, etc.– y a sus territorios de asentamiento humano como destino migratorio de su gran excedente poblacional. Y ello en una primera fase mediante su

actual despliegue, en clave de *soft power*, de medios diplomáticos y económicos y, en un futuro más o menos próximo, a través de una combinación de los anteriores con los propios de una política de *hard power* que incluya, en caso de necesidad extrema, la intervención militar directa en demanda de la “internacionalización” y consiguiente aprovechamiento de esas reservas naturales estratégicas y tierras de promisión africanas.

En ese orden de ideas, se creó en el año 2006 el AFRICOM (Comando africano) con el *leit motiv* de combatir el terrorismo en la zona, pero anunciándose como un “aviso para navegantes” (chinos) justo al mismo tiempo que la gran mayoría de los países africanos y China se enfrascaban en el desarrollo de la tercera edición del Forum on China-Africa cooperation (FOCAC), celebrado en Pekín (Beijing) a partir del 4 de noviembre de 2006, al cual asistieron cincuenta máximos mandatarios africanos y donde el gobierno chino aprovechó para el lanzamiento internacional del New partnership for Africa’s development (NEPAD), plan estratégico que buscaba activar la participación de empresas chinas en mercados estratégicos africanos y que había surgido al amparo de la firma de la declaración conjunta New Asian-African strategic partnership en el marco del Asian-African Summit organizado en Yakarta (Indonesia) entre el 20 y el 24 de abril de 2005, en conmemoración del 50 aniversario de la Conferencia de Bandung. Este Comando militar estadounidense viene funcionando desde el mes de septiembre de 2008 y regula las tres iniciativas impulsadas por El Pentágono en la región:

1. La conocida como *Combined Joint Task Force-Horn of Africa* (CJT-HF), con sede en Djibouti se encarga de luchar contra células terroristas y entrenar personal militar extranjero en Djibouti, Eritrea, Etiopía, Kenia, Somalia, Sudán y Yemen (iniciativa que tuvo su bautismo de fuego en la crisis de Somalia).
2. La denominada *Pan-Sahelian Initiative* (PSI), que inicialmente incluía a cuatro países del Sahara: Chad, Mali, Mauritania y Níger; y que se expandiría hacia la *Trans-Saharan Counterterrorism Initiative* (TSCTI), con la inclusión de Senegal (país clave de la francofonía), Nigeria y los países del Magreb.
3. La llamada *East Africa Counterterrorism Initiative* (EACTI), creada con el objeto de ayudar a la CJT-HF y expandir las acciones a Tanzania y Uganda.

De esta concepción bipolarizada de la inserción china en África constituye una reciente y rotunda muestra la nada diplomática declaración pública realizada el pasado 15 de junio de 2011 por la secretaria de Estado para Asuntos Exteriores del Gobierno norteamericano Hillary Diane Rodham Clinton, en la cual llegó a calificar a la misma de “aventura neocolonial exportadora de inestabilidad tanto para los países de la zona como para el escenario geopolítico internacional” (Monroy, mayo de 2011). Como examinaremos seguidamente, tal modo de entender la aventura africana de China, por su marcado maniqueísmo, resulta minoritario en los actuales ámbitos académicos, empresariales y periodísticos.

La visión del beneficio

Según opina el periodista y escritor español Rafael Poch-de-Feliu (2009), seis años corresponsal de *La Vanguardia* en Pekín, el ascenso de China es un factor de estabilidad e integración para las relaciones internacionales, y ello porque a pesar de que la teoría convencional y la experiencia occidental afirman que cuando una nueva potencia emerge en el contexto mundial se rompen equilibrios, aparecen tensiones y se organizan coaliciones para contrarrestarla y evitar nuevas hegemonías. Con las consiguientes consecuencias, claro está, de generación de diversas clases de conflictos y hasta de guerras. Pero el hecho incuestionable es que desde hace treinta años China viene ascendiendo como potencia mundial y eso que la proyección exterior de este país ha sido diferente de la europea, por la ausencia de colonialismo en su política exterior, al haberlo sufrido ya en su suelo y en sus gentes –a cargo de las potencias occidentales– y no quererlo para otros pueblos (Poch-de-Feliu, 2009). A excepción de la dosis de participación de Pekín en todo lo concerniente a la península de Indochina.

Esta opinión es compartida por otro insigne español, Eugenio Bregolat (2007) –embajador de España en China durante una década y gran conocedor del país y de sus cultura–, que, recordando la política de Deng Xiaoping al respecto, advierte que la China actual necesita una política exterior de “bajo perfil”, que huya del protagonismo hegemónico, para lo cual requiere de un entorno pacífico de relaciones internacionales, imprescindible para su propio desarrollo económico. De tal modo que se propicien la apertura de mercados, el flujo de capitales y de empréstitos, la adquisición de tecnología, la importación de técnicas eficaces de *management* y de materias primas y las

exportaciones. Todo ello con el telón de fondo del anti-hegemonismo, que para el continente amarillo hasta hace veinte años tenía como referentes antagónicos tanto a la URSS como a los EE. UU. y, hoy día, de alguna manera, solo se predica respecto de estos últimos, si bien rehuendo el enfrentamiento con ellos y aspirando a la consecución de un escenario internacional multipolar y armonioso (Bregolat, 2007). En el mismo sentido se pronuncia el Dr. Juan Luis López Aranguren (2011) en el Seminario Diplomacia y terrorismo internacional, organizado por el Departamento de Comunicación Pública de la Universidad de Navarra, 2011, para quien la reciente coronación de China como la segunda mayor economía del mundo, a corta distancia de los EE. UU. y seguida de lejos por Japón, ha venido acompañada del mantenimiento de su política de compra masiva de bonos del tesoro estadounidense, de atracción de inversiones extranjeras y de exportación de inversiones mediante un despliegue diplomático, comercial y financiero no solo en África, sino en Europa, América Latina, resto de Asia, Australia y Oceanía, todo lo cual conduce finalmente a considerar al gigante asiático como un factor de estabilidad, tanto para los países africanos como para el orbe. Para este profesor universitario navarro, el relevante rol económico internacional desempeñado activamente por China, si bien a primera vista supone meramente un cambio cuantitativo en la diferencia de entradas y salidas de capitales del país asiático, en definitiva puede conllevar un cambio cualitativo para la general apreciación del mismo como un agente exportador de estabilidad internacional, con lo que estaríamos ante un cambio de paradigma, según el cual, China dejaría de convertirse en un simple agente pasivo solamente interesado en la estabilidad geopolítica internacional para mantener el flujo de capitales entrantes y salientes, pasando a convertirse en un actor político activo impulsor de la misma, a fin de obtener ventajas competitivas en los diferentes mercados estratégicos internacionales como, por ejemplo, el de las materias primas en África, o el del transporte del gas natural en Asia Central. Siguiendo con López Aranguren, advertimos que el mundo que se está constituyendo en nuestros días es más similar a un modelo multipolar que unipolar o bipolar, a pesar de la intencionadamente presentada reunión del G-2 entre China y EE. UU. como una especie de sustituto del Consejo de Seguridad de la ONU. Si China ha ascendido hasta convertirse en actor político global “imprescindible, aunque no suficiente”, el resto del escenario internacional no ha quedado inmutable: el resto de los países del área BRIC (acrónimo alusivo al conjunto de países constituido por Brasil, Rusia, India y China como categoría de la economía mundial) han continuado con altas tasas de crecimiento económico, consolidando su

posición política internacional (Brasil ha obtenido la celebración de los Juegos Olímpicos, por ejemplo). Por lo tanto, según este autor, ni los factores internos de China ni los factores externos son los mismos que configuraban las interacciones de los actores políticos globales durante la Guerra Fría. Parece pues claro que los análisis negativos acerca de una escalada militar entre China y EE. UU. realizados principalmente por medios periodísticos adolecen de este pernicioso efecto de Déjà vu. Esta visión, tradicional de la *realpolitik*, tiene su origen en el entroncamiento en filosofías deterministas de la naturaleza humana. Como agudamente discierne Paul Wilkinson –profesor emérito de Relaciones internacionales de la *St Andrews University*–:

The true precursor of the modern realist school of thought in International Relations Niccolo Machiavelli, author of *The Prince* (1532), and Thomas Hobbes, who wrote *The Leviathan* (1651), for both of these political philosophers assumed that human beings were fundamentally motivated by their own self-interests and appetites is their lust of power. In their view, the sovereign who rules the state is the true and only guarantor of internal peace because he alone has power to enforce peace. However, in the wider world of international politics the law of the jungle applied. In their view, international politics was a constant struggle for power, not necessarily resulting in constant open warfare, but always necessitating a readiness to go to war (Wilkinson, 2010: 122-125).

En cualquier caso, si China, en un hipotético escenario futuro, se convirtiese en un factor de inestabilidad (no necesariamente militar ni agresivo) podemos tener a buen seguro que será con unos parámetros y de una forma bien alejada del mundo que vimos en el siglo XX.

Llegados a este punto, la pregunta que nos surge es: ¿podemos aplicar algún tipo de metodología que nos permita disminuir el grado de incertidumbre acerca del papel que desempeñará China en el futuro? ¿O debemos conformarnos con avanzar a ciegas, en la oscuridad, al ser incapaces de adivinar la configuración que el inmenso número de factores (tanto internos como externos) determinarán la actuación de China los próximos años? La respuesta a estos interrogantes podría ser el reconocimiento de que si bien no podemos contemplar todos los matices y factores que intervendrán en dicho escenario, sí podemos disminuir el grado de incertidumbre de los mismos mediante una simplificación del modelo de estudio. Esto se podría lograr, por ejemplo, a través de la sustitución de un paradigma de *hard power* (poder duro) por uno de *soft power* (poder blando), defendida por Joseph Samuel Nye, actualmente profesor emérito de Relaciones internacionales de la Harvard University. El profesor Nye aplicó el cambio de paradigma a la política norteamericana durante el mandato del presidente Bill Clinton, aunque su utilización es adaptable a cualquier actor

político internacional. Habitualmente, el concepto de poder blando se identifica con el de diplomacia pública, en el sentido de que ambos buscan el establecimiento de relaciones internacionales favorables al país (u otro actor político) mediante herramientas comunicativas no convencionales (como puede ser la producción cultural, el deporte, los medios de comunicación de masas y la ayuda al desarrollo). Este cambio de paradigma informativo, fruto de la revolución de las nuevas tecnologías, simplifica enormemente el grado de incertidumbre del modelo político a analizar en cuanto a las diferencias cualitativas entre los factores que lo configuran. Pero esto no quiere decir que la realidad política analizada no sea compleja; al contrario, la realidad política internacional es, si se puede expresar así, cada día más compleja, pues hay más actores políticos, comunicativos y sociales que participan en el ecosistema informativo, aumentando exponencialmente el número de interrelaciones posibles entre ellos. Sin embargo, esta multiplicidad de actores no aumenta el nivel de inestabilidad del sistema. Al contrario, lo hace más estable, pues ninguno de esos actores tiene el suficiente peso para, por sí solo, desequilibrar el complejo entramado de relaciones internacionales en su conjunto.

Esto podemos observarlo en el texto que el profesor Joseph Samuel Nye Jr. dedicó al desembarco de China en Internet como potencia informativa y cultural global:

El inglés es el idioma predominante en Internet actualmente, pero en 2010 es probable que los usuarios chinos superen en número a los estadounidenses. El hecho de que las páginas web chinas las lean principalmente ciudadanos y expatriados de nacionalidad china no va a destronar al inglés como lengua franca de Internet, pero aumentará el poder chino en Asia al permitir a Pekín conformar una política cultural china que rebase ampliamente sus fronteras. [...] Y los países no están solos [...] las organizaciones, los grupos e incluso los individuos están empezando a participar en el juego. Para bien o para mal, la tecnología está dotando a los individuos de capacidades que en el pasado solo eran prerrogativas de los gobiernos. Los bajos costes están aumentando la densidad y la complejidad de las redes globales de interdependencia (Nye, 2003: 136).

Volviendo con López Aranguren, observamos que como Nye y otros vaticinaron, en 2010, efectivamente, se produjo el ascenso de la lengua china como primer idioma en Internet; y sus previsiones respecto al poder de los individuos, grupos y organizaciones –acerca de las tecnologías digitales– se han cumplido, por ejemplo, en la llamada “Revolución del jazmín”, como ha sido bautizada la masiva protesta ciudadana en todo el mundo musulmán. Y que no solo sacudió en 2011 a Marruecos, Túnez, Argelia, Libia, Egipto, Siria, Yemen y Catar, sino que ha llegado también a China. El impacto que las nuevas tecnologías de la información están teniendo en la configuración

política interna de los países es tal, que incluso los regímenes más autoritarios parecen incapaces de contener las respuestas sociales de una ciudadanía que, de repente, se ha dado cuenta que en conjunto es un actor político gigante y absoluto.

Retomando la duda de si China se convertiría en el futuro en un factor de estabilidad o de inestabilidad para las relaciones internacionales, podemos analizar esta cuestión a la luz de estos nuevos factores. La aglutinación de un gran número de actores políticos comunicativos, permitiendo la libre interrelación entre ellos, lleva a que el concepto de opinión pública cobre un nuevo sentido. Ya no es solamente un elemento pasivo, reflectante, que devuelve mecánicamente una respuesta ante una serie de estímulos que se le introducen, previamente, a través de una serie de medios de comunicación limitados. Ahora, la opinión pública, es un elemento activo, dinámico, que busca la información por sí misma, juzga y distribuye su juicio por toda la red, instantánea y globalmente y en plena modificación del mismo.

El debate queda, pues, abierto, en torno a cuál será el papel de China en un escenario internacional en el que numerosos actores políticos están operando, a la vez que, en su interior, una cantidad creciente de agentes económicos, políticos y sociales están tejiendo sus redes de interrelación en la dimensión digital y fortaleciendo un concepto de “democracia informativa” que, por primera vez en la historia de la humanidad, se está produciendo casi al mismo tiempo en países ricos y en países pobres, en democracias y en dictaduras, en sistemas de libre mercado y en sistemas de economía intervenida (Nye, 2003).

La tercera vía

Un buen ejemplo de esta tercera vía analítica del asunto que nos ocupa lo constituye el trabajo titulado: *Las relaciones económicas chino-africanas y su incidencia sobre el patrón de desarrollo en el continente africano*, obra de los profesores del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad del País Vasco Koldo Unceta y Eduardo Bidaurratzaga (2007), en el cual se observa que la consolidación de China como segunda potencia económica y política mundial plantea un nuevo equilibrio de poderes en el ámbito internacional, para lo cual necesita socios económicos en materia de comercio e inversiones, así como socios políticos que le ayuden a fortalecer nuevas alianzas en diversos foros internacionales, como el de la ONU o el de la OMC, de tal

forma que ello contribuya a contrapesar la hegemonía estadounidense actual, y para el logro de dicho fin, lo lógico es que en el futuro China se dirija hacia modelos de relaciones internacionales más sofisticadas y multilaterales, en línea con los puestos en marcha por los gobiernos de la mayor parte de las potencias industrializadas del Norte en una carrera por ampliar sus correspondientes áreas de influencia y evitar la superación por otras potencias competidoras.

Advierten estos profesores vascos que, no obstante lo anterior, es de remarcar que en la actual fase de consolidación de su inserción acelerada en el continente africano, el gobierno chino, aceptando una cuota de riesgo que las potencias occidentales no han estado dispuestas a asumir, ha preferido optar por acercarse a diversos gobiernos internacionalmente marginados como “apestados” por aquellas a partir de un marco de relaciones mayormente bilaterales. De este modo, dejando a un lado las diferentes etiquetas adjudicadas a esos cuestionados gobiernos como de “corruptos, antidemocráticos, inestables o irrespetuosos con los derechos humanos” y, a sabiendas de que su apoyo económico y sus contratos comerciales o de inversión serían recibidos con los brazos abiertos por estos, la simpleza de esa estrategia bilateral de Beijing le ha permitido tomar posiciones privilegiadas –no solo económicas, sino también geopolíticas y diplomáticas– en la región, la cual, hasta fechas relativamente recientes, había permanecido alejada, tanto de su área de influencia natural, como de sus prioridades en materia de política exterior.

Otra observación de estos profesores vascos es la de anotar que, al analizar las relaciones chino-africanas, lo primero que salta a la vista es el carácter profundamente asimétrico de las mismas, ya que responden en lo fundamental a un patrón determinado fundamentalmente por los intereses y las necesidades del gran país asiático, pues la fuerte demanda china respecto de algunas materias primas, y la imposibilidad de satisfacerla en función de los propios recursos, está en la base del enorme despliegue llevado a cabo por las autoridades y las empresas chinas en diferentes lugares del mundo y, muy especialmente, en África. Como consecuencia de este fenómeno, podría decirse que África vuelve a estar en el mapa de la geopolítica mundial, tras más de dos décadas de relativa marginación y olvido por parte de las principales potencias, más allá de las guerras libradas en algunos países africanos por grupos diversos apoyados por algunas empresas transnacionales con intereses en explotaciones en el sector extractivo. Esta nueva emergencia de África puede tener efectos positivos sobre la región, vinculados con la llegada de inversiones extranjeras o relacionados con el incremento de sus exportaciones, amén del

reforzamiento de sus relaciones internacionales, fenómenos ambos que se manifiestan en el caso de China. Todo ello puede también dar lugar a una dura pugna entre potencias mundiales por los recursos naturales del continente negro, tal y como ya ocurriera tiempo atrás, en un contexto de crisis económica financiera global y de escasez de algunas materias primas.

En el corto plazo, la fuerte alza registrada por los precios de las exportaciones de materias primas africanas –y especialmente por el petróleo– ha generado una gran expectativa internacional sobre las consecuencias que pueda tener el incremento de aquellos y, concretamente, sobre la oportunidad que a este respecto presenta un mercado chino sumamente rampante y voraz. Además, no debe perderse de vista que la creciente demanda procedente de China es una de las causas de ese fuerte incremento de los precios internacionales de productos energéticos y minerales. Esa expectativa se une a la generada por la afluencia de inversiones a la región procedentes del gigante asiático, orientadas a asegurar la explotación y el suministro de los mencionados recursos, en el marco de lo que parece una estrategia de mediano y largo plazo, en la que empresas chinas están dispuestas a asumir un componente de riesgo que otros inversores tradicionales en África no han querido enfrentar, en un entorno de menor competencia que la existente en otras partes del mundo. Todo ello plantea un escenario en el que el incremento de la fuerte dependencia de las exportaciones africanas respecto de algunas materias primas, se contrarresta con una mayor diversificación geográfica de las mismas, lo que no permite obtener conclusiones definitivas sobre el incremento o la disminución de la vulnerabilidad del modelo.

Los elevados precios de algunas materias primas, no deberían ocultar algunos riesgos vinculados con las exportaciones de las mismas, como son la posible apreciación del tipo de cambio y el aumento de la inflación, con la consiguiente potencial pérdida de competitividad en algunos casos. Por otro lado, y como ha ocurrido en otras ocasiones dentro de lo que fue denominada la “maldición de los recursos naturales”, la inexistencia de estructuras de gobierno adecuadas en un contexto de aumento de los ingresos, puede atraer actividades de captación irregular de rentas y aumentar el grado de corrupción político-administrativa. Sea como fuere, el acrecentamiento exponencial de las relaciones chino-africanas parece asegurar un relativo crecimiento económico coligado al sector de las materias primas, lo que afectaría especialmente a aquellos países productores y exportadores de estos. Por lo que se refiere a otros sectores diferentes al de las materias primas, las consecuencias de corto plazo del fuerte impulso de las relaciones entre China y

África pueden ser contradictorias. Así, en sectores como las telecomunicaciones o el turismo, las inversiones chinas en algunos países africanos pueden traducirse en diversos grados de crecimiento económico y de creación de empleo. En cuanto a las manufacturas, la colisión entre los intereses chinos y los africanos se ha manifestado ya en algunos subsectores como el de los textiles, el vestido y el calzado, en donde la competencia de las empresas chinas, una vez extinto el Advanced Module Format (AMF), puede arruinar los esfuerzos de industrialización de algunos países africanos. En materia de infraestructuras, sin duda, es necesario un modelo más sensible a la generación de empleo local, a la transferencia tecnológica y a la creación de sinergias positivas sobre los productores africanos. En otros casos, es posible que dichos países puedan ser considerados como interesantes ámbitos de inversión para algunas empresas chinas, como es el caso de las agroindustrias.

Relacionado con las manufacturas y, más concretamente, con la competencia china en este sector, es importante reseñar el impacto que la misma ha tenido sobre un país como Sudáfrica, con aspiraciones de desempeñar un relevante papel hegemónico en la región como principal proveedor de productos manufacturados, y como importante inversor en otros países limítrofes. Este aspecto de la cuestión está sin duda detrás del creciente recelo que algunos sectores económicos y políticos sudafricanos comienzan a mostrar ante la pujante presencia china en el continente africano. Así que, lo mencionado hasta el momento, plantea la importante cuestión de las relaciones chino-africanas sobre el conjunto de los países de la región. Los datos existentes hasta ahora confirman más bien la tendencia a una fuerte concentración de las inversiones chinas –y de las importaciones procedentes de África– en un número considerable de países africanos, lo que hace avizorar que el despliegue económico de China en el continente se extienda a muchos otros países africanos. Podría decirse a este respecto, que la presencia china, a través de inversiones o proyectos financiados con base en la Ayuda Oficial Directa (AOD) en la mayoría de los países de la región es proporcional a la concentración de dicha presencia en aquellos otros en los que China tiene mayores intereses, sirviendo, al mismo tiempo, para mantener viva la idea de una “cooperación global” del país asiático con el continente africano.

Finalmente, el fuerte despliegue chino en África, no parece que, al menos a corto plazo, vaya a suponer una mejora para los países de la región en lo que se refiere al fortalecimiento de instituciones democráticas y representativas, y al respeto de los derechos humanos y del medio

ambiente. Más bien al contrario, los líderes chinos parecen decididos a ignorar las críticas que, tanto desde algunos sectores de la sociedad civil y de los intelectuales africanos, como desde algunos gobiernos y ONG occidentales, se están planteando en esta materia. La nula exigencia del gobierno chino hacia los gobiernos africanos en lo tocante a estos temas es, por otra parte, perfectamente coherente con la política seguida en el interior de su propio país. Así, en el corto plazo, el fuerte impulso registrado por las relaciones chino-africanas durante la última década, puede traducirse tal vez no en el deterioro, pero sí en la perpetuación de las condiciones de fuerte explotación laboral, ausencia de libertades políticas, violación de los derechos humanos y agresiones medioambientales que sufre gran parte de la población en muchos países de la región.

De acuerdo con lo señalado, y con los datos existentes en este momento, cabría deducir que el modelo de relaciones chino-africanas que está surgiendo, más allá de la retórica desplegada a favor de la equidad en las relaciones Sur-Sur, reproducen en buena medida muchos de los rasgos propios del modelo Norte-Sur que caracterizaron las relaciones internacionales hace algunas décadas: un patrón comercial asimétrico, fundamentado en el intercambio de materias primas por productos manufacturados; unas inversiones centradas en los sectores prioritarios para los países de origen de las mismas; un apoyo escasamente disimulado a gobiernos corruptos y poco sensibles a las libertades civiles y los derechos humanos y a las consideraciones medioambientales, siempre que los mismos aseguren la defensa de los intereses de la potencia extranjera; y, por fin, una apuesta decidida por el bilateralismo frente a las estrategias multilaterales y a los proyectos de integración económica y política regional o continental. Es decir, un modelo de relaciones fuertemente limitado para avanzar por la senda del desarrollo económico, político y social.

Ahora bien, junto con dicha constatación, es preciso reconocer la existencia de algunos aspectos en el modelo de relaciones entre China y África que resultan novedosos respecto del tradicional modelo Norte-Sur, y que podrían modificar el pronóstico sobre el impacto futuro de dicha relación. Y es que, a diferencia de lo que ha sido el comportamiento tradicional de gobiernos y empresas occidentales en la explotación y comercialización de los recursos de muchos países en desarrollo, la lógica del despliegue chino en África parece formar parte de una estrategia de medio y largo plazo, que incluye aspectos tales como la inversión en infraestructuras o la formación de recursos humanos. Todo ello adquiere mayor relevancia si se tienen en cuenta las propias características del modelo chino, en el que el papel de los distintos agentes y los objetivos de las

empresas se inscriben en una estricta planificación en la que se entremezclan aspectos económicos, políticos y geoestratégicos.

Por otra parte, el fuerte impulso dado por el gobierno chino a la colaboración con los países africanos, deberá enfrentarse probablemente a otras tendencias presentes en el continente, lo que puede afectar la evolución futura del modelo de relaciones internacionales con esos países. Debe tenerse en cuenta a este respecto el auge experimentado en los últimos años por los procesos de integración llevados a cabo en África –tanto en ámbitos subregionales como en el continental–, lo que puede incidir en el diseño de estrategias de negociación con países externos a la región, basadas en planteamientos de carácter multilateral, que otorguen un mayor margen de maniobra a los países africanos. Otro aspecto relacionado con el tema, es el relativo al futuro papel de Sudáfrica, en donde se levantan voces de preocupación sobre el peso creciente de China en la región y el perjuicio que ello conlleva en relación con sus aspiraciones hegemónicas en la zona, de suerte que el porvenir de las relaciones chino-africanas y del modelo que vayan adoptando, pueda verse condicionado o matizado por la capacidad del gobierno sudafricano de promover escenarios de negociación con otros países que resulten más favorables a sus propios intereses. Lo anterior puede verse a su vez influenciado por la manera en que los temas relativos a la gobernanza, la seguridad, la defensa de los derechos humanos y la participación de la sociedad civil en los procesos de toma de decisiones, evolucionen dentro de la agenda política internacional y, más específicamente, en lo que atañe a las relaciones entre los EE. UU. y la Unión Europea con los países africanos. Ello dependerá también de la capacidad de algunos gobiernos africanos de hacer suyos dichos temas, y de liderar en las instituciones regionales y continentales correspondientes la idea de acabar con una lógica cimentada exclusivamente en los proverbios capitalistas del *Business is business* y del *It's the Economy, my friend, simply Economy*, poniendo de manifiesto la necesidad de otro modelo que armonice mejor el crecimiento económico con el desarrollo humano y la sostenibilidad medioambiental; ello sin olvidar la existencia de diversas variables, características de la actual “globalización”, que pueden operar sobre el modelo de relaciones internacionales entre China y África en una dirección parcialmente distinta a la que siguió el tradicional modelo Norte-Sur hace unas décadas. En concreto, la liberalización del movimiento internacional de capitales y las nuevas oportunidades abiertas para la inversión, inciden de manera diferente a como lo hicieron en el pasado en la conformación de las estrategias empresariales en unos y otros sectores, dando

como resultado una cambiante geografía de la producción. De ahí que sea razonable imaginar en el futuro procesos de “deslocalización empresarial” hacia países africanos de algunos tipos de producción industrial, en la medida en que los mismos mejoren las infraestructuras, se incrementen la formación y la cualificación profesionales, y aumente la estabilidad social y política, asuntos que, en el corto plazo, podrían verse influidos positivamente por el despliegue chino en la región.

Así pues, pensamos que ante la consolidación de las relaciones económicas chino-africanas, no parece fácil aventurar la manera concreta en la que el actual despliegue chino en el continente negro pueda afectar –a corto plazo– al desarrollo humano y al crecimiento económico en la región, ya que lo que por ahora resulta especialmente visible al respecto en algunos países de la zona, podría responder a un esquema fuertemente dependiente de los precios de exportación de algunas materias primas que, en ausencia de otros elementos, limitaría sustancialmente el impacto positivo de esa implantación china sobre los procesos de desarrollo en África, instalándonos así ante una reedición del tradicional modelo de relaciones internacionales Norte-Sur. Y camuflado en la retórica política de la cooperación Sur-Sur, si bien el nuevo escenario de crisis económico-financiera global, así como las especiales características del modelo económico chino, incluyendo su sector exterior, pueden también favorecer un contexto en el que los aspectos más negativos se atenúen y la vulnerabilidad de los países africanos vaya disminuyendo, dando lugar a una mayor diversificación de sus economías, una inserción más favorable en los mercados mundiales y una distribución más equitativa de las rentas generadas, más allá del ámbito reducido de las cleptomaniacas élites económicas y políticas africanas. Un escenario, en suma, en el que los cambios cuantitativos del presente –expresados en meros términos de crecimiento económico– puedan transformarse en cambios políticos y sociales en el futuro, traducidos en mayores niveles de desarrollo humano y de conciencia medioambiental, lo que redundaría en mayor estabilidad intrarregional e internacional.

Referencias

Obras generales

ARRIGHI, G. 2007. *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid, Ediciones AKAL.

BERGERE, M. C. 2000. *La Chine de 1949 à nos jours*. París, Armand Colin Éditeur.

- BREGOLAT, E. 2007. *La segunda revolución china. Una década como embajador en Beijing*. Barcelona, Ediciones Destino S. A.
- CAO, T. (Ed.). 2005. *The chinese model of development*. New York, Routledge.
- CESARIN, S. 2006. *China se acerca*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- EINSENMANN, J., HEGINBOTHAM, E., y MITCHELL, D. 2007. *China and the developing world: Beijing's strategy for the twenty-first century*. New York, M. E. Sharp Editor.
- ENGARDO, P. 2007. *CHINDIA. How China and India are revolutionizing global business*. Shanghai, McGraw-Hill.
- FITZGERALD, J. 2002. *Rethinking China's provinces*. London, Routledge.
- KURLANTZICK, J. 2007. *Charm offensive: how China's soft power is transforming the world*. Yale, University Press, New Haven.
- KYNGE, J. 2007. *China shakes the world. The rise of a hungry nation*. Phoenix, Phoenix University Press.
- LEMOINE, F. 2006. *L'économie de la Chine*. Paris, Éditions La Découverte.
- MARTINS, D. A. E. y otros. 2005. *Política exterior de China. La diplomacia de una potencia emergente*. Barcelona, Edicions Bellaterra.
- NYE Jr., J. S. 2003. *The paradox of american power. Why the world's only superpower can't go it alone*. New York, Oxford University Press.
- PARKER, J., y RATHBONE, R. 2007. *African history. A very short introduction*. New York, Oxford University Press.
- PICQUART, P. 2004. *L'empire chinois*. Lausanne, Favre Editeur.
- POCH-DE-FELIU, R. 2009. *La actualidad de China. Un mundo en crisis, una sociedad en gestación*. Barcelona, Crítica S. L.
- RONDO IGAMBO, M. 2009. *Crisis y capitalismo en el tercer mundo*. Barcelona, Ediciones Carena.
- SANJUAN, T. 2006. *Dictionnaire de la Chine contemporaine*. Paris, Armand Colin Éditeur.
- SIK, E. 1966. *The history of black Africa*. Budapest, Autoedición.

SPOOR, M., y GOLDEN, S. 2006. (Eds.). *Regionalismo y desarrollo en Asia. Procesos, modelos y tendencias*. Barcelona, Edición CIDOB.

STUDWELL, J. 2002. *The China dream: the elusive quest for the greatest untapped market on earth*. New York, Atlantic Monthly Press.

TREVOR-ROPER, H. R. 1965. *The rise of christian Europe*. London, Penguin Books.

WANG, H. 2007. *¿Cómo interpretar China desde la modernidad?* Madrid, Servicio de Publicaciones del Real Instituto Elcano.

WESSELING, H. L. 2010. *Divide y vencerás. El reparto de África, 1880-1914*. Barcelona, RBA Libros S. A.

WILKINSON, P. 2010. *International relations. A very short introduction*. New York, Oxford University Press.

ZHENG, B. 2005. *Diez puntos de vista sobre el ascenso pacífico de China y sobre las relaciones entre China y Europa*. Madrid, Servicio de Publicaciones del Real Instituto Elcano.

Informes y artículos de revistas especializadas

ALDEN, C. 2006. «China and Africa special report». En: *Boletín de CLSA Asia-Pacific Markets*, No. 9, septiembre, pp. 1-27.

_____, LARGE, D., y SOARES DE OLIVEIRA, R. 2008. «China returns to Africa: anatomy or an expansive engagement». En: *Boletín Working Papers*, No. 51, 11 de noviembre. Real Instituto Elcano.

AROZARENA, R. 2010. «La ofensiva de China en África: ¿un modelo de cooperación?». En: *Bitácora Africana*, No. 9, septiembre. Departamento África de la Fundación Sur.

BERI, R. 2007. «China's rising profile in Africa». En: *China Report*, No. 43, pp. 297-308.

BESADA, H., YANG, W., y WHALLEY, J. 2008. «China's growing economic presence in Africa». En: *Policy Brief*, No. 6, octubre, pp. 1-6. Centre for International Governance Innovation.

BREDELOUP, S., y BERTONCELLO, B. 2006. «La migration chinoise en Afrique: accélérateur du développement ou sanglot de l'homme noir?». En: *Afrique Contemporaine*, No. 218, pp. 199-224.

BREGOLAT, E. 2007. «La nueva China. El reposicionamiento geopolítico chino en el contexto internacional». Ponencia publicada en el Boletín Especial de GovernAsia dedicado al Seminario Internacional organizado por la AECID y celebrado del 11 al 12 de diciembre de 2007 en la Casa África de Las Palmas de Gran Canaria (España) con el título: *África, la nueva frontera china*.

- BUSTELO, P. 2007. «La economía de China en el largo plazo: ventajas e inconvenientes». Conferencia LSE-MAPFRE, Caja Madrid del 5 de octubre, Majadahonda (España).
- _____. 2009. «Informe económico de la República Popular China». En: *Boletín de diciembre*. Departamento de Economía de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid (España).
- CAMPBELL, H. 2008. «China in Africa: challenging US global hegemony». En: *Third World Quarterly*, No. 29, pp. 89-105.
- CASTEL, A. 2006. «China redescubre África». En: *Nova África*, No. 3, pp. 23-30.
- CHECA-ARTASU, M. M. 2008. «¿Qué quiere China de África?». En: *Boletín del Observatorio de la Economía y la Sociedad de China*, No. 8, septiembre. México D. F., Colegio Universitario de Michoacán.
- _____. 2009. «Aproximación a la geoeconomía de China en el África Subsahariana». En: *Boletín del Seminario Anual de Investigación*. México D. F., Servicio de Publicaciones de la Facultad de Economía de la Universidad de Colima.
- CORREA LÓPEZ, G. 2009. «China en África». En: *Revista Análisis Económico*, No. 56, pp. 203-228. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco (México).
- DÍAZ VÁZQUEZ, J. A. 2010. «Las inversiones directas de China en África». En: *Boletín del periodo abril-junio* del Centro de Investigaciones de Economía Internacional de la Universidad de La Habana (Cuba).
- FANJUL, E. 2009. *Ocho claves para comprender la República Popular China*. Madrid, Real Instituto Elcano.
- GOLDEN, S. 2010. «La percepción del riesgo. Una visión desde China». En: *CIDOB d'Afers Internacionals*, No. 89-90, pp. 63-83, abril-mayo. Instituto de Estudios Internacionales e Interculturales de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona (España).
- GONZÁLEZ LEVAGGI, A. 2008. «La inserción de China en África: el juego de las grandes potencias y sus posibles efectos colaterales». En: *Working Papers*, No. 2. Centro Argentino de Estudios Internacionales (CAEI), Buenos Aires (Argentina).
- HERNÁNDEZ RUBIO, M. C. 2010. «La consolidación de la influencia económica y política de China en África. Estudio del caso de Sudán durante el periodo 2003-2008». En: *Boletín de la Facultad de Relaciones Internacionales del Colegio Mayor Universitario de Nuestra Señora del Rosario*, No. 2, segundo semestre, pp. 22-74, Bogotá (Colombia).
- HIDALGO MARTÍNEZ, M. A. 2010. «La fracturada economía china: análisis de las disparidades regionales en términos de inversión en capital fijo». En: *Boletín de enero de la Escuela de Administración y Políticas Públicas de la National Tsinghua University*, pp. 32-83, Beijing (China).

HUGHES-BUTTS, K., y BANKUS, B. 2009. «China's pursuit of Africa's natural resources». En: *Collins Center Study, Center for Strategic Leadership, U.S. Army War College*, Vol. 1, junio, pp. 32-91 Washington (EE. UU.).

IRANZO, S., y HERRERO, I. 2007. «La estrategia económica de China en África». En: *Boletín Económico, Información Comercial Española*, No. 2909, del 16 al 30 de abril.

JAUCH, H., y YAW BAAH, A. 2009. «Chinese investments in Africa: a labour perspective». Estudio realizado por encargo de la African Labour Research Network y publicado el 4 de mayo por el Labour Resource and Research Institute de Namibia, Windhoek (Namibia).

KEENAN, P. 2008. «¿Curse or cure?: China's investments in Africa and their effect on human rights». En: *College of Law de la University of Illinois*.

KURLANTZICK, J. 2005. «China's chance». En: *Prospect*, No. 2, febrero, London (UK).

_____. 2006. «China's charm: implications of chinese soft power». En: *Policy Brief*, No. 47, junio. New York, Fundación Carnegie Endowment for International Peace.

_____. y EINSEMAN, J. 2006. «China's Africa strategy». En: *Current History*, No. 4, mayo.

LÓPEZ ARANGUREN, J. L. 2011. «China: ¿exportadora de estabilidad?». Ponencia impartida en el Seminario Diplomacia y terrorismo internacional organizado por el Departamento de Comunicación Pública de la Universidad de Navarra.

MUÑOZ, M. A. 2010. «La sombra china en África». En: *Análisis*, No. 7888, 14 de junio. Grupo de Estudios Estratégicos (GEES).

NATALICIO, M. V. 2008. «Crisis de Darfur: ¿catalizador de cambio de la política exterior china de no injerencia?». En el *Observatorio de la Economía y la Sociedad de China*, No. 6, marzo. Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga (España).

_____. 2009. «La República Popular China y sus fronteras de posibilidades en el horizonte africano». En: *Observatorio de la Economía y la Sociedad de China*, No. 12, septiembre. Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga (España).

_____. 2009. «Las relaciones chino-africanas a la luz del pragmatismo estructural de la política exterior china». En: *Observatorio de la Economía y la Sociedad de China*, No. 12, septiembre. Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga (España).

_____. 2010. «Algunas consideraciones sobre las relaciones chino-africanas contemporáneas». En: *Observatorio de la Economía y la Sociedad de China*, No. 13, junio. Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga (España).

- OYA, C. 2008. «Greater Africa-China economic cooperation will this widen policy space?». En: *Development Viewpoint*, No. 4, junio. London, School of Oriental African Studies, University of London.
- PARLAMENTO EUROPEO. 2008. «Informe sobre la política exterior de China y sus efectos en África». Comisión de Desarrollo, Documento de Sesión de 28 de marzo.
- PERCIVAL, D. 2010. «Africa-China relationships: lessons for the European Union». En: *The Courier*, Issue No. XVI, marzo-abril. Comisión Europea, Bruselas (Bélgica).
- RAVAILLION, M. 2008. «Are there lessons for Africa from China's success against poverty». En: *Working Papers*, mayo. World Bank.
- RIGGIO, G. 2009. «La presencia china en el continente africano». En: *Promotio Iustitiae*, enero, pp. 83-88. Secretariado para la Justicia Social de la Societatis Iesus, Roma (Italia).
- RÍOS PAREDES, X. 2006. «La apuesta africana de China». En: *Boletín del Programa África Subsahariana*, diciembre, pp. 47-56. Centro Argentino de Estudios Internacionales (CAEI), Buenos Aires (Argentina).
- _____. 2010. «China y su papel en África». En: *Informe No. 10 de 06/05/2008*. Boletín de la Casa Asia de Barcelona, Barcelona (España).
- ROCHA, J. 2007. «China y los recursos naturales de África: ¿oportunidad para el desarrollo o profundización en la maldición de los recursos?». Ponencia publicada en el Boletín Especial de GovernAsia dedicado al Seminario Internacional organizado por la AECID y celebrado del 11 al 12 de diciembre en la Casa África de Las Palmas de Gran Canaria (España) con el título: *África, la nueva frontera china*.
- TAMAMES, R. 2007. «China en rápido crecimiento. Política económica exterior y relaciones con África». Ponencia publicada en el Boletín Especial de GovernAsia dedicado al Seminario Internacional organizado por la AECID y celebrado del 11 al 12 de diciembre en la Casa África de Las Palmas de Gran Canaria (España) con el título: *África, la nueva frontera china*.
- TAYLOR, I. 2007. «Las crecientes relaciones entre China y África: deshilando las implicaciones». Ponencia publicada en el Boletín Especial de GovernAsia dedicado al Seminario Internacional organizado por la AECID y celebrado del 11 al 12 de diciembre de 2007 en la Casa África de Las Palmas de Gran Canaria (España) con el título: *África, la nueva frontera china*.
- UNCETA SATRUSTEGUI, K., y BIDAURRATZAGA AURRE, E. 2007. «Las relaciones económicas chino-africanas y su incidencia sobre el patrón de desarrollo en el continente africano». En: *Servicio de Publicaciones de la Universidad del País Vasco* ISSN: 1576-0162, Campus de Leioa, Leioa (España).

WANG, J. Y. 2007. «What drives China's growing role in Africa». En: *Working Papers*, 07-211. International Monetary Found, Washington (EE. UU.).

YOUDE, J. 2010. «China's health diplomacy in Africa». En: *China: An International Journal*, Vol. 8, No. 1, marzo.

Artículos de periódicos, revistas y agencias de prensa

«La alimentación en China: se compran afuera las tierras de cultivo que faltan adentro». Inter Press Service (IPS), Delegación de Beijing (China), 28 de septiembre de 2010.

«Entrevista con Joachim Chissano expresidente de Mozambique: China invierte en África porque se lo hemos pedido los africanos». *El País*, Madrid (España), 16 de septiembre de 2010.

«Siete estadios en Guinea ecuatorial ejemplifican la ayuda china a África». Agencia EFE, Delegación de Pekín (China), 27 de julio de 2010.

«África, el far west chino». *El País*, Madrid (España), 26 de abril de 2009.

«Mankell advierte en 'El Chino' sobre la nueva colonización de África». Agencia EFE, Delegación de Madrid (España), 17 de noviembre de 2008.

«Afrique, nouvel horizon chinois». *Le Monde*, París (France), 10 diciembre de 2006.

AMOSU, A. 2010. «China in Africa: It's (still) the governance, stupid». *All Africa*, 15 marzo de 2007.

BARRIOS, D. 2010. «Relaciones China-África». *Other News*. Agencia de noticias de INFOCUSMADRID, Madrid (España), 24 de febrero de 2010.

BELLO, I. 2008. «China en África: entre la cooperación y el neocolonialismo». *Pueblos-Revista de Información y Debate*, Madrid (España), 28 de agosto de 2008.

BERNARD, P., y BRUN, P. 2007. «Relation Chine-Afrique: la montée en puissance». *Le Monde*, París (Francia), 3 de febrero.

BESADA, H. 2007. «China in Africa: a reliable friend?». *Taipei Times*, Taipéi (Taiwan), 25 de marzo.

BEURET, M. 2007. «Comment la Chine a conquis les Africains». *L'Hebdo*, París (Francia), 25 enero.

CARRIZO COUTO, R. 2007. «China se limita a saquear las materias primas de África». *El País*, Madrid (España), 24 de diciembre.

CASTILHO, D. 2010. «Entrevista a Mbuyi Kabunda, profesor de política africana en la Universidad de Basilea: China está cambiando la fisonomía de África». *Rebelión*, marzo, Madrid (España).

DE PEDRO, N. 2010. «Xinjiang: El wéstern chino». *El País Semanal*, Madrid (España), 31 de enero de 2010.

DÍEZ, P. M. 2009. «China da otro salto adelante en África al doblar sus ayudas al desarrollo». *ABC*, Madrid (España), 9 de noviembre de 2009.

EBONDA, A. 2006. «Afrique et le cauchemar chinois». *Le Messenger*, Yaoundé (Cameroun), 7 de noviembre.

FRENCH, H., y POLGEEN, L. 2007. «New power in Africa: chinese entrepreneurs flourish in Africa». *The New York Times*, New York (USA), 18 de agosto.

GOERGEN, M. 2007. «Los nuevos señores de África». *El Semanal de El País*, Madrid (España), 4 de septiembre.

GOUJON, E. 2009. «En Afrique, certains s'inquiètent d'un 'néocolonialisme chinois'». Reportaje para la Delegación en ADDIS-ABEBA (Etiopía) de la Agence France-Presse (AFP), 23 de septiembre.

HASKI, P. 2007. «La Chine fait sa cour à L'Afrique». *Libération*, París (Francia), 5 de enero.

HAUTER, F. 2007. «Psychanalyse d'une vie dure». *Le Figaro*, París (Francia), 7 de agosto.

HE, W. 2007. «China's loans to Africa won't cause debt crisis». *China Daily*, Beijing (China), 6 de junio.

IGLESIAS, M. 2009. «Compras masivas chinas de tierras fértiles africanas». Revista *Fusión*, La Vega, Riosa, Asturias (España), 27 de marzo.

JIMÉNEZ, D. 2006. «China corteja a África en busca de petróleo». *El Mundo*, Madrid (España), 4 de noviembre.

MALLET, V. 2006. «The ugly face of China's presence in Africa». *Financial Times*, London (UK), 14 de noviembre.

MONROY, S. «La acusación de Clinton sobre neocolonialismo busca erosionar las relaciones China-África». *Inforchina*, mayo de 2011.

MONTERO, H. 2008. «China e India se están comiendo África». *La Razón*, Madrid (España), 17 de abril.

PARRA, A. 2007. «China desvalija África en nombre del progreso comunista». *El Mundo*, Madrid (España), 30 de diciembre.

RELEA, F. 2010. «Los nuevos amos de África». *El País* (España), 9 de mayo.

VILLARINO, Á. 2011. «¿Está China dando marcha atrás en África?». *El Mundo*, 10 de junio.

WALLIS, W. 2007. «China to eclipse donors with dollars 20bn for Africa». *Financial Times*, Londres (UK), 18 de mayo.

YAO, J. A. 2005. «China en África: de la revolución al negocio». *Mundo Negro*, Madrid (España), diciembre.

Bibliografía específica

ALDEN, C. 2007. *China in Africa*. London, Zed Books.

_____, LARGE, D., y SOARES DE OLIVEIRA, R. (Eds.). 2008. *China returns to Africa: a rising power and a continent embrace*. New York, Columbia University Press.

BRAUTIGAM, D. 2009. *The dragon's gift: the real story of China in Africa*. New York, Oxford University Press.

BROADMAN, H. G. 2006. *Africa's silk road: China and India's new economic frontier*. Washington, The World Bank Publications.

EINSENMANN, J. 2007. «China's post-cold war strategy in Africa». En: *China and the developing world: Beijing's strategy for the twenty-first century*. New York, M. E. Sharpe Publisher.

GAYE, A. 2006. *Chine-Afrique. Le dragon et l'autruche: Essai d'analyse de l'évolution contrastée des relations sino-africaines, saint ou impie alliance du XXIe siècle*. París, L'Harmattan.

KITISSOU, M. 2007. *Africa in China's global strategy*. London, Adonis & Abbey Publishers Ltd.

KWAAPRAH, K. 2008. *Afro-chinese relations: past, present and the future*. Capetown, Centre for Advanced Studies of African Society.

LÓPEZ ARANGUREN, J. L. 2010. «China y el mantenimiento del *statu quo* en Asia-Pacífico». En: *Un renacentista del siglo XXI, homenaje al profesor Pedro Lozano Bartolozzi*. Iruña, Pamplona, EUNSA.

MANJI, F., y MARKS, S. (Eds.). 2007. *African perspectives on China in Africa*. Nairobi, Fahamu Organization.

MARCHAL, R. 2008. *Afrique-Asie: une autre mondialisation?* París, Presses de Sciences-Po.

MARTÍNEZ PARICIO, J. I., ECHEVARRÍA DE JESÚS, C., BAÑOS BAJO, P., ROMERO JUNQUERA, A., MICHEL, S., BEURET, M., y WOODS, P. 2008. *La chinafrique*. París, Grasset & Fasquelle.

MOHAN, G., y DINAR, K. 2007. *The invisible hand of south-south globalization: chinese migrants in Africa*. New York, Milton Keynes Open University.

PUSKA, S. M. 2007. «Resources, security and influence: the role of the military in China's Africa strategy». En: *China Brief*, Vol. 7, Issue 11, 30 de mayo. Washington, Jamestown Foundation.

RAINE, S. 2009. *China's African challenges*. London, Routledge.

SÁNCHEZ NAVARRO, E. 2010. «La importancia geoestratégica del África subsahariana». Monografías del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN), No. 117. Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Madrid (España).

SNOW, P. 1988. *The star raft*. London, Longman.

TAYLOR, I. 2006. *China and Africa: engagement and compromise*. London, Routledge.

_____. 2007. «China's arm sales to Africa: Beijing's reputation at risk». En: *China Brief*, Vol. 7, Issue 7, 5 de abril. Washington, Jamestown Foundation.

_____. 2010. *China's new role in Africa*. Boulder, Lynne Rienner Publishers.

WALDRON, A. 2008. *China in Africa*. Washington, Jamestown Foundation.

WILD, L., y MEPHAM, D. (Eds.). 2006. *The new sinosphere: China in Africa*. London, Publications & Reports.

WU, Y. 2006. *China & Africa, 1956-2006*. Beijing, China Intercontinental Press.

YAP, M., y MAN, D. 1996. *Colour, confusion and concessions: the history of the chinese in South Africa*. Hong Kong, Hong Kong University Press.